

Milan
Kundera

UN OCCIDENTE SECUESTRADO

La tragedia
de Europa central

TUSQUETS
EDITORES

Milan Kundera
UN OCCIDENTE SECUESTRADO

Traducción del francés de Mayka Lahoz

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Un Occident kidnappé*

1.ª edición: febrero de 2023

Discurso ante el Congreso de Escritores Checoslovacos:
© Milan Kundera, 1967. Todos los derechos reservados

Un Occidente secuestrado o la tragedia de Europa central:
© Milan Kundera, 1983. Todos los derechos reservados

«Presentación», de Jacques Rupnik: © Éditions Gallimard, París, 2021
«Presentación», de Pierre Nora: © Éditions Gallimard, París, 2021

Queda rigurosamente prohibida cualquier adaptación cinematográfica,
teatral, televisiva y radiofónica.

© de la traducción: Mayka Lahoz, 2023

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-230-4

Depósito legal: B. 298-2023

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

La literatura y las pequeñas naciones

<i>Presentación de Jacques Rupnik</i>	11
La literatura y las pequeñas naciones	
Discurso en el Congreso de Escritores Checoslovacos	17

Un Occidente secuestrado

<i>Presentación de Pierre Nora</i>	37
Un Occidente secuestrado	
o la tragedia de Europa central	41

Un Occidente secuestrado o la tragedia de Europa central 1983

1

En 1956, en el mes de septiembre, el director de la agencia de prensa de Hungría, unos minutos antes de que su despacho fuese aplastado por la artillería, envió por télex al mundo entero un mensaje desesperado sobre la ofensiva rusa, desencadenada por la mañana contra Budapest. El comunicado acababa con estas palabras: «Moriremos por Hungría y por Europa».

¿Qué quería decir esa frase? Quería decir, ciertamente, que los tanques rusos ponían en peligro a Hungría y, con ella, a Europa. Pero ¿en qué sentido estaba Europa en peligro? ¿Estaban dispuestos los tanques rusos a franquear las fronteras húngaras en dirección al oeste? No. El director de la agencia de prensa de Hungría quería decir que se apuntaba a Europa en la misma Hungría. Él estaba dispuesto a morir

para que Hungría siguiera siendo Hungría y siguiera siendo Europa.

Aunque el sentido de la frase parece claro, sigue intrigándonos. En efecto, aquí, en Francia, en América, uno se ha habituado a pensar que lo que estaba en juego entonces no eran ni Hungría ni Europa, sino un régimen político. Jamás se habría dicho que era Hungría como tal la que estaba amenazada, y aún se comprende menos por qué un húngaro enfrentado a su propia muerte interpelaría a Europa. ¿Acaso Solzhenitsyn, cuando denuncia la opresión comunista, apela a Europa como un valor fundamental por el cual vale la pena morir?

No, «morir por la patria y por Europa» es una frase que no se podría pensar ni en Moscú ni en Leningrado, sino precisamente en Budapest o en Varsovia.

2

Efectivamente, ¿qué es Europa para un húngaro, para un checo, para un polaco? Desde el principio, esas naciones pertenecen a la parte de Europa arraigada en la cristiandad romana.

Participan en todas las fases de su historia. La palabra «Europa» no representa para ellas un fenómeno geográfico, sino una noción espiritual que es sinónima de la palabra «Occidente». En el momento en que Hungría ya no es Europa, es decir, Occidente, es expulsada más allá de su propio destino, más allá de su propia historia; pierde la esencia misma de su identidad.

La Europa geográfica (la que va desde el Atlántico hasta los Urales) siempre estuvo dividida en dos mitades que evolucionaban por separado: una vinculada a la antigua Roma y a la Iglesia católica (seña particular: alfabeto latino), y la otra anclada en Bizancio y en la Iglesia ortodoxa (seña particular: alfabeto cirílico). Después de 1945, la frontera entre esas dos Europas se desplazó unos pocos de cientos de kilómetros hacia el Oeste, y algunas naciones que siempre se habían considerado occidentales se despertaron un buen día y constataron que se encontraban en el Este.

Como resultado de ello, después de la guerra se formaron tres situaciones fundamentales en Europa: la de Europa occidental, la de Europa oriental y la de esa parte de Europa situada geográficamente en el centro, culturalmente en el Oeste y políticamente en el Este, la más complicada de las tres.

Esa situación contradictoria de la Europa que yo llamo central puede hacernos comprender por qué es ahí donde, desde hace treinta y cinco años, se concentra el drama de Europa: la grandiosa revuelta húngara de 1956, con la sangrienta masacre que hubo después; la Primavera de Praga y la ocupación de Checoslovaquia en 1968; las revueltas polacas de 1956, 1968, 1970 y la de los últimos años. Ni por su contenido dramático ni por su alcance histórico, nada de lo que ocurre en la Europa geográfica, ni en el oeste ni en el este, puede compararse con esa cadena de revueltas centroeuropeas.¹

1. ¿Podría incluirse entre esas revueltas la de los obreros berlineses de 1953? Sí y no. El destino de la Alemania del Este tiene un carácter específico. No hay dos Polonias; en cambio, la Alemania del Este no es más que un pedazo de Alemania cuya existencia nacional no está en absoluto amenazada. Ese pedazo desempeña en manos de los rusos el papel de un rehén con respecto al cual la Alemania del Oeste y la URSS llevan a cabo una política muy especial, que no se aplica a las naciones centroeuropeas y que un día se hará, me parece, a sus expensas. Quizás sea esa la razón por la cual la simpatía entre los alemanes del Este y los otros apenas es espontánea. Se vio bien cuando los cinco ejércitos del Pacto de Varsovia ocuparon Checoslovaquia. Los rusos, los búlgaros y los alemanes del Este eran temibles y temidos. En cambio, podría contar decenas de historias sobre los polacos y los húngaros, que hacían lo imposible por mostrar su desacuerdo con la ocupación y la sabo-

Cada una de esas revueltas era alentada por la casi totalidad del pueblo. Si no hubieran sido apoyados por Rusia, esos regímenes no habrían podido resistir allí más de tres horas. Dicho eso, lo que sucedía en Praga o en Varsovia no puede ser considerado en su esencia como el drama de Europa del Este, del bloque soviético, del comunismo, sino precisamente como el de Europa central.

En efecto, esas revueltas, apoyadas por la totalidad de la población, son impensables en Rusia. Pero son impensables incluso en Bulgaria, país que, como todo el mundo sabe, es la parte más estable del bloque comunista. ¿Por qué? Porque Bulgaria forma parte, desde sus orígenes, de la civilización del Este, gracias a la religión ortodoxa, cuyos primeros misioneros fueron, por cierto, búlgaros. Así pues, las consecuencias de la última guerra significan para los búlgaros un cambio político, desde luego considerable y lamentable (los derechos del hombre no son me-

teaban claramente. Si se añaden a esa connivencia polaco-húngaro-checa la ayuda realmente entusiasta que Austria ofrecía entonces a los checos y el furor antisoviético que se apoderó de los yugoslavos, se constata que la ocupación de Checoslovaquia hizo emerger de inmediato el espacio tradicional de Europa central con una claridad sorprendente. [Todas las notas de esta sección son del autor. (*N. de la T.*)]

nos pisoteados allí que en Budapest), pero no ese choque de civilizaciones que representa para los checos, para los polacos, para los húngaros.

3

La identidad de un pueblo o de una civilización se refleja y se resume en el conjunto de creaciones espirituales que generalmente se llama «cultura». Si esa identidad está mortalmente amenazada, la vida cultural se intensifica, se exagera, y la cultura se convierte en el valor vivo alrededor del cual se agrupa todo el pueblo. Por eso, en todas las revueltas centroeuropeas, la memoria cultural y la creación contemporánea han desempeñado un papel más amplio y más decisivo que en ninguna otra revuelta popular europea.¹

1. La paradoja es difícil de comprender para el observador externo: la época posterior a 1945 es a la vez la más trágica de Europa central y una de las más grandes de su historia cultural. Ya sea en el exilio (Gombrowicz, Miłosz), en forma de creación clandestina (Checoslovaquia después de 1968) o, por último, como

Algunos escritores, agrupados en un círculo que llevaba el nombre del poeta romántico Petőfi, provocaron en Hungría una gran reflexión crítica y prepararon así la explosión de 1956. Fueron el teatro, el cine, la literatura y la filosofía los que trabajaron durante años por la emancipación libertaria de la Primavera de Praga. La prohibición de un espectáculo de Mickiewicz, el mayor poeta romántico polaco, fue lo que desencadenó la famosa revuelta de los estudiantes polacos de 1968. Ese feliz matrimonio entre la cultura y la vida, entre la creación y el pueblo, marcó las revueltas centroeuropeas con una belleza inimitable, de la que nosotros, que las vivimos, nos quedamos prendados para siempre.

Lo que yo encuentro bello, en el sentido más profundo de esa palabra, un intelectual alemán o francés lo encuentra más bien sospechoso. Tiene la impresión de que esas revueltas no pueden ser auténticas ni realmente populares si sufren una influencia demasiado grande de la cultura. Es extraño, pero para algunos la cultura y el pueblo son dos nociones incompati-

actividad tolerada por aquellas autoridades obligadas a ceder ante la presión de la opinión pública, el cine, la novela, el teatro y la filosofía nacidos allí durante ese periodo representan cimas de la creación europea.

bles. Para ellos, la idea de cultura se confunde con la imagen de una élite de privilegiados. Por eso acogieron el movimiento Solidaridad con mucha más simpatía de la que mostraron por las revueltas precedentes. Ahora bien, digan lo que digan, el movimiento Solidaridad no se distingue en su esencia de estas últimas, ya que no es más que su apogeo: la unión más perfecta (la más perfectamente organizada) entre el pueblo y la tradición cultural perseguida, despreciada u hostigada del país.

4

Se me puede decir que, aun admitiendo que los países centroeuropeos defienden su identidad amenazada, eso no hace que su situación sea tan específica, pues Rusia se encuentra en una situación similar, ella también está perdiendo su identidad. En efecto, no es Rusia, sino el comunismo, el que priva a las naciones de su esencia y el que, por cierto, hizo del pueblo ruso su primera víctima. Ciertamente, la lengua rusa asfixia las lenguas de las otras naciones del Imperio; pero no es porque los rusos quieran

48

rusificar a los demás, es porque la burocracia soviética, profundamente anacional, contranacional, supranacional, necesita un instrumento técnico para unificar su Estado.

Comprendo esa lógica, y también comprendo la vulnerabilidad de los rusos, que sufren con la idea de que el odiado comunismo pueda confundirse con su amada patria.

Pero hay que comprender también a un polaco, cuya patria, con la excepción de un corto periodo entre las dos guerras, es sometida por Rusia desde hace dos siglos y ha sufrido durante todo ese tiempo una rusificación tan paciente como implacable.

En la frontera oriental de Occidente, que es Europa central, siempre se ha sido más sensible al peligro de la potencia rusa. Y no solo lo han sido los polacos. František Palacký, el gran historiador y la personalidad más representativa de la política checa del siglo XIX, escribió en 1848 la famosa carta al Parlamento revolucionario de Frankfurt en la que justificaba la existencia del Imperio de los Habsburgo, único baluarte posible contra Rusia, «esa potencia que, teniendo hoy una grandeza enorme, aumenta su fuerza más de lo que podría hacerlo cualquier potencia occidental». Palacký pone en guardia contra las ambiciones imperiales de

Rusia, que intenta convertirse en «monarquía universal», es decir, que aspira a la dominación mundial. La «monarquía universal de Rusia», dice Palacký, «sería una desgracia inmensa e indecible, una desgracia sin medida y sin límites».

Según Palacký, Europa central debería haber sido el hogar de naciones iguales que, con respeto mutuo, al abrigo de un Estado común y fuerte, cultivaran sus diversas originalidades. Aunque no se haya cumplido nunca plenamente, ese sueño, compartido por todas las grandes mentes centroeuropeas, no ha dejado de ser poderoso e influyente. Europa central quería ser la imagen condensada de Europa y de su variada riqueza, una pequeña Europa archieuropea, modelo miniaturizado de la Europa de las naciones concebida en esta regla: la máxima diversidad en el mínimo espacio. ¿Cómo podía no horrorizarle Rusia, que, frente a ella, se basaba en la regla contraria, la de la mínima diversidad en el máximo espacio?

En efecto, nada podía ser más ajeno a Europa central y a su pasión por la diversidad que la uniforme, uniformadora y centralizadora Rusia, que transformaba con temible determinación a todas las naciones de su imperio (ucranianos, bielorrusos, armenios, letones, lituanos,

etcétera) en un solo pueblo ruso (o, como se prefiere decir hoy, en la época de la mistificación generalizada del vocabulario, en un solo pueblo soviético).

Dicho esto, ¿el comunismo es la negación de la historia rusa, o más bien es su culminación?

Sin duda alguna, es a la vez su negación (negación de su religiosidad, por ejemplo) y su culminación (culminación de sus tendencias centralizadoras y de sus sueños imperiales).

Desde el punto de vista de Rusia, el primer aspecto, el de la discontinuidad, es más sorprendente. Desde el punto de vista de los países sometidos, es el segundo aspecto, el de la continuidad, el que se siente con más fuerza.¹

1. Leszek Kołakowski dice (*Zeszyty Literackie* [Cuadernos Literarios], núm. 2, París, 1983): «Aunque crea, como Solzhenitsyn, que el sistema soviético ha superado al zarismo en su carácter opresivo [...] no llegaré al extremo de idealizar el sistema contra el que lucharon mis antepasados en condiciones terribles, el sistema en el que murieron, fueron torturados y sufrieron humillaciones [...]. Creo que Solzhenitsyn tiene tendencia a idealizar el zarismo, lo que ni yo ni, seguramente, ningún otro polaco podemos aceptar».